

Para las damas voluntarias
Guillermo Berrones

Son innumerables las cosas que nos pueden pasar desapercibidas porque muchas veces no nos detenemos a observar en detalle lo que sucede o existe en nuestro entorno, y más aún si se trata de situaciones desagradables, cerramos los ojos ante lo que nos parece poco bello o grotesco, como los seres aquí descritos cuya condición física puede resultar porque así se puede considerar un tanto desagradable, sin reflexionar que como seres humanos deben ser tratados como tales, brindándoles el respeto y la atención que se merecen.

La pregunta será: ¿A quién le corresponde darles esa atención especial?

Actividades:

- 1.- Lee el texto.
- 2.- De qué lugar se habla en el relato; guíate por algunos datos.
- 3.- ¿Qué tipo de personas describe?
- 4.- ¿Crees que estas personas deban ser tratadas como cualquier otra?
- 5.- Escribe las expresiones en la que el autor emplea un lenguaje irónico.
- 6.- Explica con tus palabras, las siguientes expresiones: Evaluamos su fenomenocidad y nos olvidamos de nuestras anomalías.

Estos seres quedan como espejo de nuestra conciencia.

... mordiendo la amarga soledad de su desgracia y soportando sus propias pesadillas en las tenebrosas noches de desconsuelo.

- 7.- Reflexiona sobre el contenido del relato y expresa tu punto de vista.

Para las damas voluntarias

GUILLERMO BERRONES

Hay unos monstrillos por ahí, mordiendo la amarga soledad de su desgracia y soportando sus propias pesadillas en las tenebrosas noches de desconsuelo. Instrumentos para la creación de sociedades o instituciones snobistas donde se distinguen y se dan publicidad grupos de solteras deslindadas y señoras menopáusicas sin qué hacer y con el título nobiliario de Damas Voluntarias, encabezadas por algún interés político o religioso.

Estos entes son de los muchos atractivos misericordiosos que tiene nuestra ciudad. Se dan en todos los estratos sociales y sus características son muy variadas. Los hay desmembrados, tuertos, paticojos, mongoles, amorfos, macrocéfalos, jorobados, leporinos y es tan variada su especie, que describirlos a todos llevaría mucho tiempo y espacio.

Su descomunal hermosura les impide pasar desapercibidos para nuestra mirada morbosa y estúpidamente compasiva. La belleza de su fealdad nos atrapa y si indagamos sus nombres, nos daremos cuenta que cargan pesadamente un sello diminutivo, como si con eso se minimizara su defecto.

Es muy común ver al Mochito del Mercado Juárez. Le faltan sus piernas, pero eso no le impide bailar una polka cuando algún chofer camionero le grita: ¡échate una polka Mocho! El pedazo de hombre empieza a moverse con su sombrero de lado y la botella de soyate alzada, para luego, aprovechando su corta estatura, verle los calzones a las mujeres que pasan junto a él y a veces no soporta las ganas de darles una cariñosa nalgada que las asusta y las hace huir rápidamente, mientras él se ríe a carcajadas y exclama: ¡a mí me arrastra!

E.T. tiene sus dominios por el rumbo del Palacio Federal. Vende chicles en las escalinatas, hace mandados. Y en El Norte le regalan periódicos para que venda y se aliviane. Tiene una importante cuenta bancaria, envidia de boleros y lavacoches, y maneja hábilmente con sus pseudopodas una bicicleta balona de color plateado. Al verlo pasar, la monstruosa ternura de su mirada entenece a cualquiera.

A Honguito lo he visto en Guadalupe por el rumbo del Parque España. El ruta 25 me da la oportunidad de admirarlo detenidamente. Siempre está en el quicio de la puerta de su casa. Abandonado. Mirando pasar el mundo. En ocasiones rodeado de algunos chavos de la cuadra. Pero casi siempre solo. Como en exhibición permanente. Parece un bombón con ojos. Un buda. Un genio mágico que disfruta de la anomalía de los noramles.

Mochito Acróbata es amante del peligro. Gloria Trevi lo incluyó en su video. Por Universidad y Anaya, cerca de Cervecería, llega en silla de ruedas y se planta en este cruce de alto riesgo. Aprovecha la luz roja de los semáforos. Apoya sus manos en las coderas de su silla e impulsa su tronco por los aires ejercitando su pecho para ganarse algunas monedas. Se columpia gimnásticamente de una doble maldición. Con una mano se apoya en la miseria y con la otra en la desgracia de su feminia

Así, vagando por las calles de la ciudad, encontramos estos mágicos seres que la embellecen. La abuelita olvidada y ciega de Morelos parece verte con los oídos. Los mongolitos con su eterna infancia de lengua estropajosa y larga atrapan la felicidad entre las rendijas de su mirada. Prometeo se encadena a los escaparates de Padre Mier y con sus cuencas encarnadas y vacías, espera el sonido de las limosnas que de cuando en cuando caen a su pocillo de peltre. Una María acuna en su chal a un niño con cabeza de globo y su hombre la acompaña feliz pensando en la gran inteligencia de su hijo. Llama mentirosos a los médicos cuando le dicen que el chamaco tiene una mentada hidro... quién sabe qué. Leporinos que cantan en los camiones. Jorobados escupiendo fuego en las esquinas. Otros más están en modernos claustros, donde en vez de tocar campanas o pedir limosnas, disfrutan sin entender de videos, clima, lujo y nodriza, ocultos a las miradas morbosas de los que nos gusta curiosear. Por razones obvias de apreciación, es difícil dar cuenta de los eunucos. Todos son ejemplares fuera de serie a quienes les organizamos olimpiadas especiales.

Los presentamos en televisión tocando algún instrumento. Les tomamos fotos para ganar concursos. Los estudiantes de medicina practican con ellos. Otros los utilizamos para las campañas políticas. Evaluamos su fenomenocidad y nos olvidamos de nuestras anomalías. Estos seres quedan como espejo de nuestra conciencia. Como aretes de una ciudad que los luce en el desprecio y la compasión.

GUILLERMO BERRONES

Nació en Ciudad Victoria, Tamps. 1958. Cronista y docente. Ha publicado en la revista Dos filos (Zacatecas), Aquí vamos, El volantín y en la revista de la Universidad de Edimburgo, Texas. Relatos suyos aparecen en los libros Palabras del norte y en La alquimia del verbo. Actualmente es colaborador del suplemento cultural Ensayo del periódico El Norte.

Dos obreros ante el naufragio Cristina Pacheco

A través de los medios de comunicación, nos enteramos de la gran cantidad de familias que emigran a las grandes ciudades, con la expectativa de mejorar las condiciones laborales y de educación; esto ocurre generalmente cuando se han agotado las posibilidades de progreso, en su lugar de origen, donde el único medio de trabajo es el campo.

Lee los siguientes textos, en ellos encontrarás diversas situaciones con las que se enfrentan las familias ante esta problemática.

Actividades:

1. ¿De qué tipo de persona se habla en el relato? Descríbelas.
2. Identifica el tipo de realidad que se regleja en los relatos; toma como guía los siguientes puntos: crisis económica, desempleo, familia, seguridad pública, abuso de funcionarios, supervivencia, costumbres. Escribe tu comentario.
3. Ubica los hechos en un tiempo y un espacio; copia algunos párrafos con los que se justifique tu respuesta.
4. ¿Conoces personas que hayan pasado por una situación semejante? Explícalo.
5. Identifica el tipo de valores que se dan en los relatos y exprésalos con algunos ejemplos.

Dos obreros ante el naufragio

CRISTINA PACHECO

"Tenemos junta a las nueve y media de la mañana, pero si usted quiere podemos vernos a las ocho en el Wings de Vallejo y la Patera", sugieren Manuel Martínez y Pedro Moreno, compañeros de trabajo en la empresa donde ambos tienen la especialidad de soldadores: "Ser obreros calificados nos permite ganar un poco más del salario mínimo, pero de todas formas, con tantas alzas diarias en la comida, en la ropa, en las medicinas, nos las estamos viendo negras".

Durante los 45 minutos de trayecto por el Anillo Interior, Insurgentes Norte, Cuitláhuac, calzada Vallejo, veo siempre el mismo espectáculo: hombres y mujeres que, con la bolsa del almuerzo y la cajita de herramientas en la mano, corren en pos de vehículos que se detienen o arrancan arbitrariamente; inmensas colas frente a las paradas de autobuses y combis; puestos de fritangas concurridos por decenas de trabajadores que enfrentarán una nueva jornada de trabajo después de tomar como único alimento un vaso de atole, una telera rellena de tamal o dos tacos. "Antes podíamos comernos tres. Ahora, ¡ni soñando!"

El fondo de este espectáculo también es invariable: en las proximidades de los bancos veo patrullas y grupos de policías desempleados que en vano merodean las puertas de "entrada de personal", hombres acucillados contra los muros que protegen los estacionamientos y las instalaciones fabriles, mujeres con sus hijos pidiendo limosna. A setenta y cinco años de la Revolución aquí está el México nuevo que paga por la deuda externa, por las decisiones del Fondo Monetario Internacional y por el "realismo" y los errores de nuestros funcionarios.

El costo y el privilegio

Entro al Wings, ocupo un sitio en la barra y espero unos minutos, temerosa de que mis amigos se hayan arrepentido de darme su testimonio acerca de una crisis sobre la que ellos tienen una opinión más autorizada y, ahora sí, más realista que la de cualquier tecnócrata. Al fin los descubro parados en la esquina, conversando. Voy a su encuentro. Me dicen: "Nosotros no entramos a esa clase de restaurantes: la comida no es buena y sí muy cara. Por tres cafés y tres piezas de pan son capaces de cobrarnos unos mil quinientos pesos. Mejor acompáñenos a la casa donde siempre almorzamos".

Manuel Martínez, alto y fuerte, viste pantalón oscuro y camiseta de acrílico. Pedro Moreno, bajito y de ojos sonrientes, lleva pantalón, camisa y chaleco sin manga: "¿A poco usted tiene frío?", me pregunta mientras vamos rumbo a la avenida Ceylán, donde están la fábrica y la casa donde son asistidos: "Una de las ventajas de que nos den la comida allí es que no tenemos que perder tiempo en ir a alguna fonda donde nos cobrarían más y no nos darían cosas tan ricas".

Una mujer enrebozada que barre la calle nos saluda apenas. La puerta de la casa está abierta. En el patio desnudo, de forma irregular, hay varias estufas contra la pared. En un cuartito próximo a la escalera veo una mesa con ollas y restos de comida: "Nosotros almorzamos arriba", dice el señor Moreno, invitándome a subir.

La sala-comedor es muy estrecha. Dos vitrinas y una mesa ocupan la mayor parte del espacio. Allí nos sentamos frente a la vista de la dueña de casa que pregunta, mirándome siempre con alguna desconfianza, si vamos a "almorzar como siempre". Mis amigos intercambian miradas y guardan silencio, observándome sonrientes, sin que yo entienda su cortesía: "A ver qué dice la señorita. ¿Se le antoja desayunar?" Acepto la amable invitación y entonces Pedro Moreno ordena: "A ver, tráiganos por favorcito cafés bien calientes, una pepsi grande, unos tamalitos, unos buñuelos, pero no se le olvide la miel".

El éxodo del campo

Para despejar toda inquietud, para justificarme por el tiempo que estaba robándoles a mis dos nuevos amigos, les expliqué que el objetivo de mi entrevista era mostrar a otros sectores de la población cómo vive, en 1985, y cómo enfrenta la crisis un obrero.

Ser obrero en este país y en estos momentos significa, por una parte, llevar el peso de lo que la inhumanidad tecnocrática llama "el costo social" de la catástrofe económica y, por otra, disfrutar de lo que debía ser un derecho y hoy es privilegio: un puesto de trabajo.

- Pues sí que es un privilegio eso de tener trabajo ahorita que hay tanto desempleo -dice Manuel, que oculta su nerviosismo acomodándose el cuello alto de la camiseta.

- ¿De dónde es usted, Manuel? ¿De qué parte de la República vino y por qué dejó su tierra?

- Nací en el estado de Guanajuato, en San Luis de la Paz. Mi madre siempre se ha dedicado al hogar. Mi padre es obrero pero antes fue campesino, mediero en el rancho "El Chico". Fuimos nueve hermanos. Yo soy el mayor. Esto quiere decir que yo tenía, y aún tengo, la responsabilidad de ver por mis hermanos. Hasta la fecha todos me respetan.

- ¿A qué edad empezó a trabajar?

- A los seis años, en el campo. Hacía una cosa sencilla: desquelitaba las milpas, los sembrados de chile y jitomate.

La jornada comenzaba a las siete de la mañana y concluía a las seis de la tarde. Por el día de trabajo me pagaban dos pesos con cincuenta centavos.

- ¿Trabajar le impidió asistir a la escuela?

- Algo, sí. Nada más pude hacer cinco años de primaria en la escuela San Luis Rey, que está en San Luis de la Paz.

En ese tiempo yo pensaba que mi máxima aspiración era convertirme en maestro para llegar a dar clases allí mismo, en mi pueblo. Al mismo tiempo quería hacer otras cosas, pero francamente noté que mi padre ya se veía fatigado; no podía sostener solo el gasto de la casa. Entonces dejé la escuela. Me salí con la intención de encontrar trabajo y aportar algo de dinero a la casa. Para esas alturas yo ya había cumplido trece años. Así que empecé a tener responsabilidades a los catorce.

- ¿Su padre siguió trabajando en el campo?

- No. A esas alturas él trabajaba como velador en una estación de ferrocarril. Allí llegaban los ingenieros de una

compañía constructora. En una plática le dijeron a mi padre que no hallaban quién les cuidara sus cosas. A mi papá se le ocurrió que yo podía hacer ese trabajo. Lo acepté, entre otras cosas porque, debido a mi edad, no me contrataban en ninguna parte. Así mi primer empleo fue de almacenista.

Los salarios y los precios

- Allí, ¿cuáles eran su horario y su sueldo?

- Llegaba a las ocho de la mañana y me iba del almacén a las cinco de la tarde. Mi sueldo era de veinte pesos diarios. Digamos que hacía un trabajo menos pesado que en el campo y también ganaba más. Mejoré.

- ¿Cuál era su rutina de trabajo?

- Las horas de más actividad eran en la mañana, y todo mi trabajo consistía en vigilar la salida de los materiales. En las tardes me quedaba mucho tiempo libre. Para no aburrirme iba a ver cómo trabajaban los albañiles, los plomeros, los electricistas contratados por la constructora. Eso me sirvió de mucho porque aprendí y a la fecha sé algo de plomería, electricidad y albañilería.

- ¿Ha realizado ese tipo de trabajos en alguna empresa?

- No, pero aprenderlos, ahora sí que de pura vista, me ha servido porque gracias a eso yo puedo hacer las reparaciones que se van necesitando en mi casa. Esto significa que me ahorro mucho dinero en composturas, pero ahora cobran carísimo.

- ¿Cuánto tiempo duró en la constructora y qué mejoría tuvo?

- Allí duré como año y medio. En el momento en que me salí ganaba ya treinta pesos diarios. Todo lo daba a mi casa.

- Cuando usted comenzó a aportar dinero a la casa paterna, ¿ganó autoridad frente a sus hermanos, ocupó de alguna forma el sitio de su padre?

- No, ni una cosa ni la otra. El hecho de que yo lo ayudara con el gasto no hizo que mi padre perdiera autoridad. El no cambió. Siguió actuando como cabeza de familia. No tenía por qué bajar de categoría ya que él continuaba trabajando. Si se necesitaba que yo aportara no era por capricho o porque él desatendiera a la familia, sino por la necesidad. Las cosas siempre estaban muy caras en comparación a nuestro sueldo. Por mi parte pensé que era mi responsabilidad, no sólo ayudarlo sino apoyarlo frente al resto de la familia.

Ni inconformismo ni bracerismo

- Usted cumple con el mandamiento que dice: "Honrarás a tu padre y a tu madre". ¿Recibió instrucción religiosa?

- El director de la escuela donde estudié era sacerdote y nos daba clases de religión. En la casa también nos inculcaron algo de eso, pero sin conformismo. Nada de que "ya nos tocó ser así, vivir pobres". No.

- A los quince años de edad usted ya sabía lo que era el mundo de los campesinos y el de los trabajadores asalariados, ¿cuál le gustaba más?

- Mire, cuando en el campo hay agua y con qué trabajar la tierra creo que no puede haber trabajo más bonito que el de un campesino. Pero cuando esas cosas faltan uno se desmoraliza mucho, tanto que es entonces cuando le da por venirse al Distrito Federal o a cualquier otra ciudad donde haya empleos. Muchos se van a León, a Querétaro, a Monterrey. A mí no me llamó la atención irme a ninguno de esos lugares, y menos a los Estados Unidos porque yo pienso que el que no la hace aquí, el que no vale aquí, menos valdrá en territorio extranjero.

- ¿En qué año llegó usted a la ciudad de México?

- En 1971. De repente se acabó el trabajo en la constructora.

¿Me iba a regresar al campo? No, porque allí las condiciones eran peores que cuando lo había dejado. Por otra parte, ya estaba impuesto a ganarme mis centavos y lo que hice fue buscar la manera de seguir ganándomelos. La única forma era saliendo de mi estado y viniendo al Distrito Federal. Aquí estaba un tío mío. Le escribí preguntándole si podía llegar a su casa mientras hallaba acomodo. Me contestó que sí.

La esclavitud maquilada

- ¿Dónde vivía su tío?

- En la colonia Metropolitana, que está en ciudad Nezahualcóyotl. Llegué por la estación de Buenavista. Traía apuntadas en un papelito las señas de mi tío. No llegué solo. Mi padre me acompañó hasta acá porque pensó: "Qué tal si nadie va a recibirte a la estación? Te vas a sentir muy mal". Pues con todo y que mi padre estaba conmigo, en cuanto me paré afuera de la estación sentí que el mundo se me cerraba de ver todo esto tan grande, tan desconocido. Al fin, preguntando y como pudimos, llegamos a Neza.

- ¿Resintió mucho el cambio?

- Mucho. Mientras mi papá se quedó conmigo, sólo dos días estuve bien, a gusto. Pedro cuando se fue me sentí como en una cárcel porque la casa de mi tío era chica: cinco cuartos, dos de loza y tres de lámina de cartón. Allí estaba toda la familia. Durante una semana anduve asustado, sin salir, sin hacer nada hasta que una de mis primas me consiguió trabajo en un almacén de ropa, en el centro. Acarreando de la bodega a los botadores. Éste era el aspecto principal de mi trabajo, pero además andábamos en el almacén cuidando que la gente no se robara la mercancía. El trabajo era pesado porque teníamos que ir al almacén hasta los domingos.

- ¿Esto era obligatorio?

- Pues no nos lo decían con franqueza, pero al que faltaba un domingo le aplicaban tres días de suspensión, ¿se imagina lo que eso significaba para nosotros? Claro que para dorarnos la píldora, para hacernos atractivo el trabajo dominical, el patrón nos daba, según él, un buen sobresueldo: en vez de pagarnos los treinta y cinco pesos diarios nos entregaba cuarenta.

- Usted ganaba aproximadamente doscientos cincuenta pesos a la semana. ¿Cómo distribuía ese ingreso?

- Lo primero era pagar los camiones. Para nosotros el transporte siempre ha sido un problema: a veces hay, a veces no. En este caso uno o llega al trabajo puntual o pierde el día completo sin sueldo. Otro gastito era la comida. Cuando estaba en el almacén almorzábamos en una fonda que estaba en la Plaza de la Soledad: "El Avión". Pagábamos cuatro cincuenta por la comida corrida: sopa aguada, arroz, un guisadito, frijoles, refresco o agua. Luego, del sueldo había que sacar algo para vestirnos. En el almacén podíamos comprar en abonos y con descuentos: del cinco por ciento si comprábamos nada más una prenda; del diez si aduquiríamos algo más.

- Cuando faltaba a su trabajo por no encontrar transporte o por enfermedad, ¿qué ocurría?

- El que no llegaba a tiempo no podía entrar al trabajo y, como le dije, no ganaba un centavo. En caso de enfermedad estábamos obligados a reportarnos el mismo día en que fuéramos a faltar porque si no, nos castigaban dejándonos fuera una semana. No se imagina el problema que esto significaba. En la semana en que no cobrábamos ni un centavo, ¿a quién le pedíamos?, ¿de qué íbamos a sacar algo para cubrir la falta de esos doscientos cincuenta pesos? Pues recurríamos a un préstamo, al empeño, era horrible.

El sindicato y la junta

- ¿Trajo a su familia a vivir con usted?

- Sí, al año y medio ya estaban todos aquí conmigo.

Permanecimos en la casa de mi Tío, pero entonces ocupamos dos cuartos. No nos cobraba renta, pero procurábamos compensarlo dándole comida, ayudándolo con sus gastos.

- ¿Fue fácil la colocación de su familia en los centros de trabajo?

- Al principio no logramos que mi padre encontrara trabajo, así que todo el gasto lo sobrellevábamos yo y mi hermana, que entró al servicio doméstico.

- ¿Por qué no podía colocarse su padre?

- Por la edad. Para un hombre es muy difícil encontrar empleo después de los cuarenta años. Iba, buscaba por todas partes y nada. Al fin, después de seis meses, logró colocarse como peón en la red de drenaje de ciudad Nezahualcóyotl.

- ¿Cuántos años duró usted en el almacén de ropa?

- De 1971 a 1975. Entonces me salí de pura casualidad. Resulta que con frecuencia iba para allá un policía auxiliar que trabajaba en la fábrica donde ahora estoy. Un día me dijo que si me gustaría trabajar allí. Le contesté que sí. "Bueno, si te animas, te llevo al sindicato, para que veas." Él me estaba hablando de la Federación Obrera Revolucionaria. "Si quieres trabajar en una fábrica tienes que afiliarte", me dijo.

-Usted lo hizo. ¿Qué ventajas vio en el hecho de pertenecer a un sindicato?

-Primero, poder conseguir trabajo. Yo me afilié a la FOR sin tener que dar nada más que dos fotos y diez pesos, como de la credencial.

-Ser miembro del sindicato, ¿le imponía obligaciones?

-Nomás una: desfilar el primero de mayo; ir a los mítines políticos donde estuviera presente el sindicato.

-¿Está obligado a pertenecer a algún partido político?

-A ninguno. Hasta la fecha puedo votar por quien quiera.

El hecho de sindicalizarse tiene para todos nosotros muchas ventajas: la primera es que nos defiende ante los patrones o sus representantes. Si la empresa quiere burlarse de uno, de sus derechos, entonces puede recurrir a la Junta de Conciliación y Arbitraje.

-¿Es eficiente? ¿Defiende realmente los derechos de los trabajadores?

-Es mañosa: el proceso de una demanda puede durar seis meses o un año. La Junta hace todo lo posible para alargar el pleito, para darle aire de modo que el obrero -que no tiene trabajo, ni ahorros para solventar los gastos de esos seis meses sin trabajo - vaya debilitándose y doblándose hasta que al fin acepte cualquier solución propuesta por los patrones.

El infierno de los transportes

Pedro Moreno interviene para "darle chance aquí a Manuel de que le dé un llegue a los tamales"

-Mire, yo pienso que el obrero que no tiene sindicato no tiene nada; está completamente en manos del patrón. Cuando uno se afilia pues sabe que en caso de conflicto laboral tendrá quien lo defienda, quien hable por uno y hasta quien solvente los gastos de ese pleito.

-¿El sindicato los ayuda económicamente cuando se han ido a huelga?

-El sindicato, en esos casos, lo único que puede hacer es darnos préstamos, pero en situación de huelga quien nos ayuda es la gente de la calle, en los camiones, a donde vamos a botear. Yo ya lo he hecho y es duro, muy duro.

-Señor Moreno, ¿podría decirnos algo acerca de cómo es su vida familiar?

-Pues mire, yo tengo mi esposa y tres hijos. El único que trabaja en casa soy yo.

-Frente a los encarecimientos cotidianos, ¿basta su salario para cubrir las necesidades de su familia?

-Pues con trabajos, sí. Otros hombres permiten que sus esposas salgan a la calle a trabajar. A mí no me gustaría eso. Mientras pueda, yo mantendré solo a mi familia. Y además, otra cosa: si me casé fue para que siempre hubiera mujer en la casa, en el hogar. No crea que actúo así por machismo, sino por conveniencia de ella y mía.

-Usted, ¿ha tenido compañeras de trabajo?

-Yo, nunca. A lo mejor por eso no acepto muy bien que las mujeres trabajen.

-¿A qué horas comienza su día de actividades?

-A las cinco de la mañana me voy al baño, a asearme. Cuando salgo ya está listo mi desayuno: café, un licuado, un jugo. Vivo en la colonia El Tenango, municipio de Tlalnepantla. Salgo de la casa directamente a la parada del camión. El recorrido a pie me toma diez minutos. Para llegar al trabajo tomo tres transportes: un camión de Tenango a Tenayuca o calzada Vallejo, otro de allí a la Patera y otro de allí a la avenida Ceylán. Todo eso me toma treinta o cuarenta minutos. Pero muchos compañeros hacen viajes larguísimos para venir al trabajo o regresar a su casa. Aquí tiene el caso de Manuel. Viene desde Iztapalapa y toma tres transportes: un camión de Cárcel de Mujeres a la Alameda, otro de allí a San Cosme y otro que lo trae hasta la fábrica; le toma como hora y media en la mañana y dos en la tarde. Él me ha contado que cuando le toca asiento no se le hace tan aburrido porque va leyendo; pero cuando no, va cuidándose de los carteristas, de los abusivos, de los que empujan.

-Manuel me decía que el transporte siempre ha sido un problema grave para los trabajadores.

-Sí: está escaso, caro y es un problema. Usted no sabe todo lo que pasa en un camión o en el Metro. A veces le da a uno pena de ver las cosas que les hacen a las mujeres: las manosean, las empujan, les faltan al respeto.

-¿Usted cree que se ha perdido completamente la caballerosidad en los transportes públicos?

-No. Yo, aunque venga muy cansado, aunque esté amoladísimo, si veo a una señora con un niño, a una anciana, a una muchacha a la que de plano traen al mal traer, le doy el asiento. Uno de hombre, como quiera se defiende, ellas no.

Robos, atracos, asaltos...

-¿A qué horas y dónde almuerzan?

-A las doce y media nos dan tiempo para comer. Nosotros no perdemos tiempo porque, como usted ve, nada más atravesamos la calle y entramos aquí con la señora Concepción que nos da de comer por trescientos pesos diarios.

-¿Cuántos trabajadores almuerzan aquí?

-Sólo tres. La ventaja es que aquí todo es casero, está limpio y podemos elegir entre dos guisados.

-Gasta trescientos pesos diarios en el almuerzo? Eso significa un gasto de dos mil cien pesos a la semana. ¿No sería más económico que trajera tortas o su *lunch*?

-No es posible. Nos dan únicamente media hora para comer. Somos muchos trabajadores y no nos da tiempo para calentar a todos la comida pues tenemos pocas parrillas eléctricas. Y eso de tomar comida fría francamente no se me antoja.

-En su área de trabajo, donde es soldador de primera, cuenta con la máxima seguridad pero, ¿en la calle?

-Ése es capítulo aparte. Usted habrá visto en el periódico la cantidad de noticias que hablan de asaltos. La mayor parte de las veces, los obreros somos las víctimas. Mire, ya le dijeron que si vamos en camión tenemos que andar cuidándonos de los carteristas. Ojalá eso fuera todo. Los viernes son días de raya. En cuanto salimos de trabajar no falta algún carro que esté estacionado a la vuelta, sin placas. Adentro hay dos o tres tipos. Se bajan y lo detienen a uno.

-¿Con qué derecho y por qué motivo?

-Pues con el derecho que les da traer una credencial dizque de agentes. Si uno pregunta qué pasa, por qué lo detienen, le salen siempre con la misma frasecita odiosa: "No la hagas de tos y súbete". Lo meten a uno en el coche y allí lo esculcan y lo desvisten para quitarle todo. Luego que lo pelan a uno, van y lo tiran por allá, lejísimos.

-¿Han puesto alguna queja?

-¿Cómo cree que no? A veces vemos la patrulla y le señalamos directamente el coche de los asaltantes, pero los policías se hacen de la vista gorda y se van para otro lado. No quieren broncas o son de los mismos.

-En el Estado de México, los patrulleros son temibles: si lo ven a uno agüitado, cansado, de mal humor, mal vestido, lo detienen, se les figura que uno es sospechoso. Si preguntamos por qué nos detienen, salen con que tienen media filiación de un asaltante, que coincide con el físico de uno y ¡vamos a la patrulla! Arriba le piden a uno que se identifique y aun así sólo lo sueltan cuando da mordida: dos mil, cuatro mil pesos.

-¿Qué sucede si usted no trae esa cantidad en la bolsa?

-Pues lo llevan a uno hasta su casa para que busque el dinero. Si no lo tiene en la casa lo pide entre los vecinos o con quien sea con tal de quitarse de encima a los policías. Pero las cosas no paran allí. Otro enemigo nuestro son los pandilleros. Esos muchachos lo esperan a uno cerca de la parada del camión. Saben que de allí a nuestra casa tendremos que caminar. Para esto, ya se encargaron de romper los focos de la calle para que todo esté oscuro. En cualquier esquina aparecen y "órale, cáite" para el pomo". Y si uno no les da, lo pican, lo golpean. Cinco días de trabajar y batallar contra todo nos deja, como quien dice, en la lona.

La tele, el futbol y el box

-¿Cómo pasa sus horas y sus días de descanso?

-Entre semana llego a la casa y veo la tele, por lo general el canal 2. Allí se junta toda la familia. Los sábados salgo con mi señora al mercado, a la Merced, para comprarles a los muchachos lo que necesitan: ya sea una camisa, zapatos, pantalones. En la tarde veo futbol, si hay -yo mismo practico ese deporte-, y el box. Las diversiones del domingo varían según lo que haya quedado en la bolsa: Si no quedó nada, me llevo a mis hijos al parque para que se den una columpiada, de perdida; si tenemos algo, los invito a algún balneario en el estado de Hidalgo. Allí son más baratos: la entrada de los niños cuesta cincuenta pesos, la de los adultos cien.

-Como trabajador tiene derecho a usar instalaciones como las de Oaxtepec, por ejemplo.

-Pues sí, pero aun para nosotros -que pagamos cuota en el Seguro y todo- resultan muy caras: imagínese, trescientos pesos la entrada. Si yo, que nada más tengo tres hijos, no alcanzaría a pagar ni los boletos, imagínese otros compañeros que tienen seis, siete muchachos. Pero póngase usted que no vayamos a nadar, ni al parque; entonces llevo a mi familia a que meriende en algún mercado, atole y tamalitos. Y allí murió.